



ENTREVISTA CON ALICIA DE LARROCHA

Había oído varias veces a esta catalana universal (Granada, Santiago de Compostela, Madrid), pero jamás fuera del país. La oportunidad se presentó así, de manera casual, en Nueva York, durante el pasado mes de julio. Alicia es, en los Estados Unidos y actualmente, la pianista española más famosa, con carácter de auténtico ídolo. Los temidos críticos de Time y Newsweek hace tiempo se rindieron a su arte, deshaciéndose en elogios. Se la compara con artistas tan distantes y distintos como Teresa Carreño, Arturo Rubinstein, Horowitz y Gina Bachauer. Programar a esta «pequeña gran Alicia» es tener vendido todo el concierto con semanas de anticipación. ¿Qué ha sucedido para que nuestra artista triunfara en un mercado tan difícil y complicado a todo nivel como puede ser el americano? A esta y muchas otras preguntas me contestó miss De Laroka, como muchos la llaman allí, luego de concederme esta entrevista en el hotel Salisbury, de la capital neoyorquina, el pasado 14 de julio de este año.

Alicia de Larrocha está en Nueva York debido al Festival Mostly Mozart, que se celebra en el Lincoln Center durante nueve semanas. En honor a la verdad, yo le cambiaría el nombre al Festival por algo así como Mostly Alicia: ella ha aparecido durante nueve de las diez ediciones del

Festival desde su fundación, en 1967, y en esta ocasión se presenta con cuatro apariciones con orquesta en la misma semana, interpretando dos Conciertos de Mozart con orquesta, y en la primera semana de agosto, dos recitales con obras de Haydn y Mozart. ¿Quién da más?

J. D.—Alicia, ¿cuándo tocó por última vez en los Estados Unidos?

A. L.—Pues fue el pasado mes de mayo. Precisamente terminé aquella gira aquí en Nueva York, en el Carnegie Hall, con la Orquesta de Chicago, dirigiendo Solti, y ahora he vuelto, comenzando con la misma Orquesta y director, en el mismo Chicago, interpretando los dos Conciertos de Ravel en el mismo programa.

J. D.—¿Le gusta venir a este país? ¿Qué le parece su público?

A. L.—Yo no puedo decir más que cosas maravillosas del público americano, porque desde el primer día me han acogido de una manera extraordinaria, y mi agradecimiento por esto es infinito. Desde luego, el público de Nueva York es uno de los más entusiastas que conozco, y no lo digo sólo por su comportamiento para conmigo.

J. D.—¿Había actuado anteriormente en esta serie mozartiana?

A. L.—Sí; en realidad la inauguré yo, y fui una de las fundadoras. Nuestra idea, afortunadamente, tuvo éxito y práctica-

mente he venido todos los años, bien con orquesta o en recital, e incluso ambos, como en este año.

J. D.—Me parece que el éxito de este Festival viene dado en gran parte por el carácter «quasi» infantil del americano medio. La gran parte de la música que se interpreta es del genio de Salzburg. ¿Cree usted que sucedería lo mismo si en nuestro país se programa algo así?

A. L.—Pues no sé, no sé. Ha habido una reacción extraordinaria en España en cuanto a la música barroca. Quizá haciendo un festival monográfico de esa época podríamos obtener buenos resultados, pero con Mozart concretamente, tengo mis dudas. Podría ser... hay temporadas.

J. D.—Usted empezó con la música española como caballo de batalla: Falla, Granados, Albéniz, Turina... ¿es así?

A. L.—Sí, en realidad debo decir que empecé a ser conocida por el gran público a través de los discos de música hispana que había grabado para Hispavox. Estas grabaciones fueron un medio de difusión extraordinario, luego llegaron hasta aquí... (De esto hace ya bastantes años.)

J. D.—¿La «suite» Iberia...?

A. L.—Exacto. La Iberia, Goyescas, Turina, etcétera. Entonces, aunque yo ya había estado aquí en el mil novecientos cincuenta y cuatro con la Filarmónica de Los Angeles, la cosa se quedó en agua de bo-

rrajas debido a la falta de promoción, manager, etcétera. Fue entonces cuando alrededor del sesenta y cuatro una persona de aquí se interesó por mí, pues me conocía por las grabaciones de que te he hablado. Corriendo un riesgo enorme, me escribí en varias ocasiones, pero nosotros no hacíamos caso. Finalmente, me volvió a escribir ofreciéndome varias cosas: un concierto con la Filarmónica de Nueva York, contrato posterior, etcétera. Entonces ya tomé el asunto en serio. Pero empecé con un Concierto de Mozart, dirigiendo Steimberg la Filarmónica de Nueva York, en el Carnegie Hall. Y más tarde, el primer recital estaba formado por Bach y Schubert en la primera parte, y Albéniz y Granados en la segunda. Quiero decir que desde un primer momento entré con un repertorio completamente internacional, extenso.

J. D.—Ahora han salido grabaciones suyas de Bach, Grieg, Chopin, Katchaturian, etcétera. ¿La música española se pensó entonces como una maniobra de penetración para dar a conocer posteriormente autores más «standards», o es que el repertorio español no da más de sí?

A. L.—Hay que ver que he grabado mucho ya. Y lo español llega un momento que acaba. Naturalmente que si quisiera habría cantidad de material inédito; pero estoy tan ocupada, tan ocupada, que desgraciadamente no tengo tiempo de hacer nuevo repertorio. O sea, que ahora es un verdadero problema, pues hay muchas cosas que quisiera incluir en mi repertorio o grabar, pero no tengo tiempo para trabajar lo que yo quisiera; por lo tanto, mi repertorio español está un poco agotado. Por otra parte, mi actual Compañía de discos ha querido que grabara programas un poco más eclécticos.

J. D.—Normalmente, ¿le piden que incluya repertorio español en sus recitales?

A. L.—Sí, de vez en cuando.

J. D.—¿Se siente obligada a hacerlo?

A. L.—Hombre, es una cosa puramente sentimental. Quiero decir, no es que me sienta obligada en el sentido negocio. Además, dentro de nuestra escuela ha sido una cosa tan familiar: mi madre, Granados, mi tía, que fue mi primera maestra, las discípulas de Granados; en fin, es una cosa... cómo te diría yo...

J. D.—¿... Tradición?

A. L.—Eso es: tradición. Ha sido toda mi vida.

J. D.—Honneger dijo que la principal virtud de un compositor es la de estar muerto. Usted no ha esperado las defunciones de compositores tan nuestros como Suriñac, Nin-Culmell, Mompou, etcétera, para grabar sus músicas. ¿Qué piensa de la música de nuestros días, tanto de estos compositores como de los de la última vanguardia?

A. L.—Está la música de los compositores actuales que escriban siguiendo la manera tradicional, y después está toda la escuela nueva, del avant-garde, música aleatoria, electrónica, etcétera, que para mí, he de decir, me ha llegado un poco tarde. Nunca estuve muy metida en ello, y sí, me interesa como movimiento, pero sería incapaz de poder tocar algo de ese estilo. Considero que es otro mundo diferente al mío, y a mi edad es un poco difícil volver a empezar. Lo dejo para los jóvenes.

J. D.—Tendremos, pues, grabaciones de los Conciertos para piano y orquesta de Albéniz, Suriñac, Turina, Montsalvatge, Nin-Culmell, etcétera. ¿O es que la música española para piano y orquesta empieza y acaba con las Noches, de Falla?

A. L.—No, no. Aquí te voy a dar una primicia: acabo de grabar en Londres los Conciertos de Suriñac y Montsalvatge con la London Symphony dirigiendo Frühbeck.



Alicia de Larrocha, con otras bien conocidas figuras españolas del campo de la interpretación, en el Carnegie Center de New York.

Calculo que el disco está para salir de un momento a otro, y si Dios quiere, hay proyectos de otras cosas; pero, claro, necesito tiempo...

J. D.—Vive usted ahora la mayor parte del año fuera de su ciudad, de su país. ¿Se centró, pues, su trabajo en gran parte en los Estados Unidos de América?

A. L.—No, lo que sucede es que aquí hay tantas posibilidades y el país es tan inmenso, que tengo muchos, muchos conciertos: alrededor de cincuenta cada año, más otros cincuenta en el resto del mundo. Paso alrededor de seis o siete meses aquí, repartidos en tres turnos: dos meses en otoño; en verano, mes y medio, y en primavera, dos meses más. Luego ya distribuyo el tiempo; este año he estado en... (Espera que piense, pues me hago un verdadero lío.) Alemania, Suiza, Polonia, Austria, Inglaterra y Francia. Próximamente, hago varios festivales europeos: Santander, Edimburgo, Montreux, Locarno, Besançon, Sión, etcétera. Inmediatamente, América del Sur, y en noviembre USA nuevamente, hasta Navidad.

J. D.—¿Se reserva algún mes para sí misma?

A. L.—¡Qué va! Qué más quisiera yo... Imagínate que antes de volar a Nueva York para estos conciertos he tenido un cambio de casa, y casi no he podido estudiar. En fin, ya te puedes imaginar...

J. D.—Alicia, ¿cuántas veces ha tocado este año en España?

A. L.—En Madrid he tocado bastante con orquesta y recital y también en el dos mil concierto de la Nacional. Fue un gran honor.

J. D.—Pero España no es sólo Madrid: ¿qué hay de Sevilla, Barcelona, Valencia o Bilbao?

A. L.—Eso es cierto. No he tocado en ninguna de las demás ciudades españolas, y sólo lo haré en Santander dentro de este año. Pero el próximo año tendré más tiempo en enero y febrero. En Barcelona, concretamente, haré orquesta y recital. Si no toco más en España es, precisamente, por la falta de tiempo a que antes aludía...

J. D.—Durante este mes de julio aparecerá usted en seis sesiones del Mostly Mozart, y en agosto en dos recitales más. Normalmente, ¿es usted quien pone un tope de apariciones en una misma ciudad? ¿Cree que se puede quemar un artista fácilmente?

A. L.—Claro que sí. Precisamente, en estos días mi empresario, que prepara la

próxima temporada, quería tres conciertos seguidos aquí, y le he dicho que no. Ni es bueno para el artista, ni es bueno para el público. Una vez, recuerdo, llegué a dar doce programas diferentes en la misma temporada aquí, en Nueva York. Es demasiado: agotan al artista y al oyente. Y aquí, si los dejas ir, te exprimen...

J. D.—¿Abandonó la docencia en la Academia Marshall, de Barcelona, así como su asistencia a los Cursos de Música Española de Santiago de Compostela...?

A. L.—Un momento: no es que abandonara, sino que como no estoy nunca...

J. D.—Y ahora también se ha marchado Rosa Sabater a Alemania. ¿Qué pasará con esa tradición musical?

A. L.—Pues espero que se continúe. Ten en cuenta que no estamos solas, hay otros profesores en la escuela que hacen y harán una labor extraordinaria, y espero que el día en que yo ya no sea tan solicitada tendré mi sitio allí. Siempre me gustó la enseñanza, es decir, una pedagogía especial, sería. No tengo demasiada paciencia para los principiantes, pero sí me ha interesado una enseñanza especial, me ha entusiasmado, y por esto algún día volveré a ocuparme de la Academia seriamente. Con respecto a Santiago, sucede lo mismo: nunca estoy en los veranos. Y que conste que aquello me apetece muchísimo; es toda una época desde el cincuenta y siete y tengo unos recuerdos imborrables.

J. D.—Defíneme en pocas palabras a las siguientes personas: Frank Marshall.

A. L.—¡Ah! Una persona extraordinaria, un músico finísimo y al cual no se le ha reconocido todo lo que hizo: creó una escuela pianística única en España, excepcional, de lo cual no nos hemos dado cuenta, incluso nosotros mismos, hasta que hemos salido fuera del país y hemos hecho comparaciones concretas.

J. D.—¿Federico Mompou?

A. L.—Otra persona especialísima. Musicalmente, es un fuera de serie, de un refinamiento de espíritu tan sutil...; su música es el fiel retrato de su alma. Si, ya sé que ha salido hace poco una grabación integral de su obra para piano, y no puedes imaginar las ganas que tengo de estar en casa para poder escucharla tranquilamente.

J. D.—¿Rosa Sabater?

A. L.—Una muchacha con un talento extraordinario, con una gracia, una elegancia natural envidiables. Y espero, lo creo

firmeramente, que un día, próximo ya, le llegará el gran momento. Tarde, como nos ha pasado a todos, pero se verá recompensada y reconocida.

J. D.—¿José Iturbi?

A. L.—¡Iturbi! Uno de los pioneros de nuestro pianismo. El primero en este país. Luego de Viñes, el primero que dio a conocer nuestras músicas por todo el mundo. Una gran figura.

J. D.—¿Antonio Iglesias?

A. L.—Una persona sin la cual no se hubiera hecho nada musicalmente en España. Esto es una verdad como un templo. Es decir, le debemos muchísimo: él ha hecho el ambiente y las posibilidades en nuestro país. He de decir, para los que no lo han conocido, que antes era imposible e impensable imaginar esta actividad actual de recitales, decenas, festivales, concursos, etcétera. Veinte o treinta años atrás las posibilidades eran mínimas. Se programaban unos pocos recitales en tres o cuatro grandes ciudades, y eso era todo. Y ahora, con la labor magnífica de la Comisaría, los jóvenes empiezan a verse incluidos en diferentes giras por toda nuestra geografía. Asimismo, los públicos se ven complacidos por esta política musical. Por otro lado, la famosa operación «pianos» de hace varios años colmó a las sociedades, Conservatorios, etcétera, de buenos instrumentos, lo cual no lo encuentras en ningún país del mundo. Todo esto se le ha de agradecer muchísimo...

J. D.—¿Conchita Badía?

A. L.—Ah, la Conchita era algo muy querido para mí. Como ser humano era excepcional. Como profesional, de una musicalidad extraordinaria. Todo su ser era música, todo espontaneidad. He aprendido tanto haciendo música con ella, tantos buenos momentos... Precisamente, el disco que antes te comentaba de grabaciones antiguas lo hice yo: bueno, sucedió que todo ese material fue encontrado aquí, en Nueva York, por medio del señor Benckel, encargado de la International Piano Library, de la que se me nombró Presidenta Honoraria a la muerte de un pianista excepcional: Arthur Lesser. El señor Benckel, conocedor de mi amistad y afecto por Conchita, me habló de todo aquel material, e inmediatamente pensé que aquello debíamos aprovecharlo y darle una sorpresa a Conchita, un regalo. Otro amigo de EMI española puso todas las facilidades para hacer el disco. Pero, lo que pasa en España, se fue retrasando y retrasando, y ella murió justo tres o cuatro días antes de que saliera el disco. Hubiera sido la mayor alegría que hubiéramos podido darle...

J. D.—¿Victoria de los Angeles?

A. L.—Es que me hablas de personas que además de ser unas figuras musicales de genialidad inigualable han sido amigos y compañeros de toda la vida. Y a Victoria la conocí cuando teníamos catorce o quince años. Al pasar los años, nuestra profesión hizo que coincidiéramos en grabaciones, recitales, e incluso en los famosos concursos de Ginebra...

J. D.—¿Frühbeck de Burgos?

A. L.—Otra de nuestras figuras de gran talento, descubierto para el gran mundo de la música precisamente por Victoria. Está haciendo una gran carrera internacional: ya lo ves, dirigiendo la Nacional de España y la de Montreal y tantas otras extranjeras. Siempre he tenido un gran placer por tocar con él. Varias de mis últimas grabaciones lo incluyen como director.

J. D.—¿Ros-Marbá?

A. L.—También este paisano mío está haciendo una carrera estupenda dentro y fuera de España. Una realidad como director y como músico.

J. D.—¿Manuel Valls?

A. L.—También amigo de siempre. Una persona de una intelectualidad increíble, un musicólogo de gran eficiencia, de grandes conocimientos.

J. D.—Alicia, parece ser que en nuestro país el cocido de la música lo guisan los de siempre: los mismos cocineros y los mismos ingredientes... ¿Qué le pareció la famosa reunión durante la Semana de Música Nueva, precisamente en Barcelona?

A. L.—Sucede que como no estoy nunca en Barcelona y en España, no me entero de lo que pasa. No, no he sabido nada acerca de esa reunión con Iglesias, ni de la petición de su dimisión como responsable de la Comisaría. Y si han cambiado varios comisarios y él siempre está allí, por algo será...

J. D.—Otro de los problemas que tiene planteados el profesional de la música en España es la falta de puestos de trabajo. Hasta la función pedagógica le ha sido negada...

A. L.—Esto me sorprende; precisamente, yo creía que la inclusión de la Música en el BUP pretendía paliar en cierta manera el paro de los titulados de los Conservatorios. Es inaudito que se pidan licencias cuando pasamos la terrible vergüenza de no tener la Música en los planes universitarios del país. Plantea también otro tema: intrusismo profesional. Cada uno de los profesores que se dedique a lo suyo, y que se dé a los músicos el puesto que se merecen en la sociedad. Es algo que se cae por su propio peso. Pienso que tendrá que arreglarse pronto, muy pronto...

J. D.—¿Qué hace Alicia de Larrocha el día de un concierto? ¿Tiene algún rito especial?

A. L.—No, mira; ahora mismo, ir a estudiar. No, no tengo ninguna manía en especial. Casi siempre duermo un poco antes de salir al escenario. Esto me viene muy bien.

J. D.—¿Es supersticiosa?

A. L.—Pues no lo era en absoluto; pero de un tiempo a esta parte, no sé si por la edad, me estoy volviendo un poco. Quizá sólo sean manías. Si alguna vez uso un pañuelo o un monedero y todo me ha ido bien, y luego lo pierdo, ya me digo: «¡Ay!, ahora no tendré éxito», etcétera. Manías

más que nada. Hay días en que tengo menos. Depende del humor con que me levanto...

J. D.—¿Cómo ha encontrado la orquesta y el director de este Festival: James Conlon?

A. L.—La orquesta es una joya. Unos buenos profesionales todos ellos. El director, un chico muy joven, pero que ha llevado bien los conciertos. El primero fue a manera de ensayo; pero te aseguro que hemos trabajado muchísimo juntos.

J. D.—¿Quién ha llevado la batuta en estos conciertos?

A. L.—En realidad, ya sabes que el solista debe tener su idea, y el director conformarse en acompañar, que ya sabes lo poco que se da esto...

J. D.—Después del Mostly Mozart, ¿qué hará?

A. L.—Tengo varias presentaciones por los alrededores de Nueva York, luego hago orquesta en Los Angeles, y regreso a comienzos de agosto, en recital, a la misma sala donde me oíste ayer.

J. D.—¿Cuándo la oiremos en España?

A. L.—Ahora en Santander y espero a enero próximo...

J. D.—¿Y grabaciones?

A. L.—Pues enmedio de toda la gira de que te he hablado; en octubre volveré a grabar Goyescas, pues la Casa con la que trabajo ahora no la tiene, y les ha parecido interesante volver a grabarla tal y como hice con la Iberia.

J. D.—¿Cuántas veces ha grabado esta obra de Albéniz?

A. L.—Pues tres: la primera, en mono, con Hispavox. La segunda, también con Hispavox, pero en «stéreo», que recibí en su día el Grand Prix du Disque, y hace dos años hice la tercera para la Decca inglesa, que también recibió el mismo galardón.

J. D.—¿Qué versión prefiere de las tres?

A. L.—¡Ay! Espero por la cuarta...

Alicia de Larrocha, con una simpatía desbordante, aunque ella confiese su aversión por las entrevistas, contestó a estas preguntas durante más de una hora inolvidable, en su hotel neoyorquino, justo enfrente de esa sala de conciertos que la ha visto triunfar: el Carnegie Hall. Mi agradecimiento infinito por ello.

JOSE DOMENECH



La gran pianista española, con la Sinfónica de la RTVE, en el gran escenario del Carnegie Center neoyorquino, en oportunidad de la presentación de la Orquesta Sinfónica de la RTV en la gran urbe norteamericana.